

9/2577

▣ ▣ ▣ EL SOCIALISMO
Y EL SINDICALISMO
ANTE LA GUERRA IN-
TERNACIONAL ▣ ▣ ▣

CONFERENCIA

LEÍDA EL DÍA 27 DE MAYO DE 1915 ANTE LA
Real Academia de Jurisprudencia
y Legislación de Madrid.

POR

ANTONIO MORENO CALDERÓN
Vocal de la Junta de Gobierno.



MADRID

1915

PAP.

~~1~~ ~~LV~~
~~A-48~~

9/
2577

EL SOCIALISMO
Y EL SINDICALISMO
ANTE LA GUERRA IN-
TERNACIONAL

CONFERENCIA

**LEÍDA EL DÍA 27 DE MAYO DE 1915 ANTE LA
Real Academia de Jurisprudencia
y Legislación de Madrid.**

POR

ANTONIO MORENO CALDERÓN
Vocal de la Junta de Gobierno.



MADRID

1915

SEÑORES ACADÉMICOS:

No estuvo en mi ánimo daros leída, sino hablada, esta conferencia que un deber reglamentario me impone, pero la delicadeza del alcance internacional del tema, la escabrosidad de su sendero, y la candente pasionalidad del asunto, me hicieron temer que pudiera perder el equilibrio necesario, al tratarlo de improviso y no como vuestra ilustración y respetabilidad me demandan.

Ante el daño que, por otra parte, mi discurso hubiera padecido, al ser *desdoblado* por los que, contrarios a mi modo de pensar, no coincidieran en el vértice de mis apreciaciones, según una fórmula kantiana, me acojo a las cláusulas salvadoras de lo que dejo escrito, quedando así, expresamente y en debida forma, a cubierto de toda interpretación maligna.

Nada perderá con ello la vitalidad de la mate-

ria, pues, generalmente, es bien sabido que es la forma y no el concepto lo que se improvisa.

El tema

Para la elección de tema, se me impuso una obligación: una obligación histórica, de precedentes: la de que tenía que responder a mis tradiciones. Un trabajo mío, presentado a concurso extraordinario en esta Academia, memoria que tuvo más fortuna que mérito, alcanzó una distinción valiosísima. El tema de aquél estudio fué: la «Evolución socialista y las huelgas». Las conclusiones sentadas ayer, han traído las afirmaciones de hoy: la liquidación de principios sociales, entonces anunciada, ha llegado al estado de concurso en que ahora se presenta: la doctrina evolutiva, que antaño en peligroso y agudo período de crisis se agotaba, ogaño en los estertores de la muerte se estremece: estamos en pleno período revisionista de los grandes principios del socialismo y del sindicalismo.

La guerra internacional ha puesto sobre la mesa de análisis de los hombres que no somos de batalla, los precipitados de muchas generaciones, y de muchos pueblos, que se someten a vuestra investigación. Se disponen los hombres de estudio á la experimentación de principios, y adoptando invertido el lema «*Si vis pacem para bellum*»,

se preparan en tiempo de guerra para el advenimiento de la paz.

Y, hé aquí, que, llegada esta circunstancia, los pacifistas, los humanitarios, los que hemos sentido al estudiar en las páginas del Derecho de gentes las palpitaciones de la fraternidad universal, pongamos al exámen de vuestra distinguida consideración las afirmaciones de una doctrina, de un credo, elevado a la categoría de religión en gran parte del mundo, que teniendo escrito el anatema de la guerra en las primeras páginas de sus decretales, va á la guerra; que teniendo el militarismo proscrito del ejercicio del dominio de los derechos públicos, va al militarismo; que habiendo abandonado al grito de la Internacional, el concepto, el amor y el vínculo de su patria, va a la patria; que habiendo predicado contra el límite y la frontera de las naciones, va a la frontera de la suya; que habiendo dado vigor a la vida del proletariado universal, va a matar al proletariado...

Vamos a hacer la crítica de la razón pura del socialismo y del sindicalismo, en la razón práctica de los mismos.

Por esto, parecióme de perlas traer a vuestro juicio y someter a vuestra sanción *El Socialismo y el Sindicalismo, ante la guerra internacional*, título, que bien pudiera descomponerse en estos su-

mandos o factores: el antipatriotismo y el Estado, el antimilitarismo y la guerra.

El antipatriotismo y el Estado

Sigamos el procedimiento inquisitivo, de preguntas, en trabajos tales, porque si bien en religión tenemos una afirmación que está en la conciencia, en cuestiones sociales como en política, tenemos una interrogación puesta al final de cada párrafo de nuestra labor cotidiana.

¿El socialismo y el sindicalismo, prescindieron, combatieron o rechazaron el concepto de la patria, al sentar la unión, la paz y el trabajo como bases de la unidad y reivindicación del proletariado universal?

Es innegable que aquel purísimo amor de la patria, que encarna en las entrañas de la aldea y la región, que hizo al pueblo y a la nación castizos desde sus cimientos y origen, le tuvieron los socialistas diluido en el concepto genérico de la democracia social.

Marx, ayer, en su trillado «Manifiesto comunista» y en «El Capital», Engels en su prefacio apostolado de «La lucha de clases», Kautsky, hoy, en «La doctrina socialista», en sus recientes interpretaciones, con motivo de la difícil controversia con Bernstein, han afirmado una patria social, antes que una patria nacional.

Encontramos en toda tesis de la democracia social, que se contiene en ínfima proporción, el sentimiento de la patria: la proporción es la de la molécula y el cuerpo.

La tesis del antiestatismo, es negación del Estado en la nación, contradicción del Estado organizado para la realización de fines que no sean solamente sociales.

Es marcado el empeño de establecer, que el antiestatismo de los socialistas y sindicalistas, no es el de los anarquistas, pero tiene tales rasgos de parecido, tal expresión, tal modalidad, tales tendencias y tan repetidos puntos de contacto, que, con razón, a veces, con él se ha confundido, porque con él nació, con él ha vivido y de él se ha beneficiado, muy especialmente, a la hora de exponer la cerviz el radicalismo militante.

Los acuerdos del Congreso de Ginebra primero, y Bakounine propagándolos y completándolos en su *Federalismo y Socialismo*, quizá fijaron mejor que otros, esta negación de Estado, nacionalidad y patria, como principio, para hacer más notable, más enérgico el contraste de ayer y hoy, al querer dar realidad á aquella utopía de los Estados unidos de Europa.

Aquel Congreso y aquella presunta Liga que con tal motivo se proyectara, negó la nacionalidad y por ende la patria, disolviéndola en un fede-

ralismo continental, como los socialistas y sindicalistas en una democracia social, y en esta forma, los Estados unidos de Europa debían proponerse el abandono absoluto de todo lo que se llama derecho histórico de los Estados. Las fronteras naturales, políticas, estratégicas y comerciales, serían consideradas en adelante, como pertenecientes a la Historia Antigua... Fijaos bien, señores académicos, perteneciente a la Historia Antigua, lo que es aún del dominio de la Historia contemporánea y amenaza ser por mucho tiempo del dominio de la del porvenir.

«Aquella Liga, dice, para preparar a las generaciones que han venido, hará armas contra todo lo que se llama gloria, grandeza y poder de los Estados. A esos falsos y perjudiciales ídolos, á los que se han inmolido millones de víctimas humanas, opondremos las glorias de la inteligencia, manifiestas en la ciencia y una propiedad universal fundada en el trabajo, la justicia y la libertad». Fijaos bien, señores académicos, que los que execraban aquellos ídolos perjudiciales, son hoy, los primeros fetichistas ó paganos.

La Liga de estos mismos Estados *desunidos*, continúa, «reconocerá la nacionalidad, como un hecho natural que tiene incontestable derecho a existencia y desarrollo libres, pero no como un principio... Ese *pseudo principio de nacionalidad*,

tal como ha sido propuesto en nuestros días por los gobiernos de Francia, Rusia y Prusia, y aun por muchos patriotas alemanes, polacos, italianos y húngaros, no es más que un derivativo opuesto por la reacción, al espíritu revolucionario, y eminentemente aristocrático en el fondo...»

¿Es el siglo XX el que había de hacer resaltar la inconsecuencia de esta doctrina, poniendo el principio social en el frente de la línea de batalla de las nacionalidades, al lado del principio aristocrático, para marcar con la misma línea roja de sangre y fuego, el límite de las fronteras?.

¿A estas contradictorias consecuencias quiso traernos, por ventura, la predicación de los enemigos del pseudo principio de nacionalidad? ¿Acaso el apotecma que sienta la falsedad de ese mismo principio, es sentencia tan menos cumplida por la una clase, cuanto por la otra forma de nuestra consolidación nacional?.

El Estado, esa magna persona social, motejada así de pulpo como de pequeño parásito, sin el principio de nacionalidad, es vía fácil por donde pueden derivar tumultuariamente a su gusto, los enemigos de la patria y del régimen. La negación de la existencia del Estado nacional como principio y la afirmación de la nacionalidad como hecho natural solamente, doctrinas ambas de los partidos constituyentes más avanzados, puede de-

cirse hoy que son errores históricos, que pretendieron imponer la unidad social en el federalismo mundial, sin reparar en el cosmopolitismo de los pueblos, deteniéndose momentáneamente en la delimitación de su configuración geográfica. De esta manera, la patria no es más que un fenómeno de espejismo, como si estuviera proyectado en la superficie de una laguna ideal.

Luis Fabri, con crudeza de estilo, lanzó al mundo, á nombre del sindicalismo, la afirmación de una atrevida demagogia, diciendo, que únicamente hay dos patrias: la patria de aquellos que poseen y la patria de los que nada poseen. Claro es—añade—que no negando el sentimiento natural de afecto a la tierra en que hemos nacido y en que viven aquellas gentes con las cuales mejor nos entendemos. Pero este sentimiento es secundario para los trabajadores, ante el sentimiento de la solidaridad con los propios hermanos de allende el mar o la frontera...

Y se nos ocurre preguntar a los grandes parias de la humanidad ¿quiénes son vuestros hermanos? ¿Los que habitan la patria histórica, tradicional y aristocrática, o la tuya utilitaria, utópica y demagógica? ¿La patria de los opresores o la de los oprimidos? ¿La de los que desposeyeron o la de los desposeídos? ¿La de la burguesía o la del proletariado?.

Tan aventuradas como peregrinas han sido también, las manifestaciones contrarias a la patria vertidas en los libros y doctrinas de cubierta roja. *L' action syndicaliste*, atrevida concepción de Griffuelhes, niega sistemáticamente la patria, porque el proletario no puede tener patria, ni puede ser patriota. Se dice, que es necesario defender el suelo de la patria. «Yo no veo inconveniente en ello, escribe, pero es a condición de que los defensores sean los propietarios de ese suelo». Esta es la patria limitada por las orillas de aquella laguna ideal.

La tutela histórica del marxismo negando el imperativo categórico de la patria, hace preparar a esta generación que palpa las realidades de lo que no era concebible, disponiéndola a una nueva vida, depurada de los errores y excesos doctrinarios del pasado, y convencida de las aparentes grandezas de las cosas que no han sido, porque no pudieron ser. La característica de las renovaciones que hacen presentir la actual crisis de Europa, como dijo aquí ha pocos días, nuestro querido é ilustre presidente el Sr. Sanchez de Toca en su atinado discurso inaugural, es, la de que esta guerra trae en sus entrañas el más trascendental suceso de la era moderna. Parece comienzo de una renovación del mundo en cuanto a las capitales esencias de lo que venía denominándose

la civilización occidental, en la que culmina la divisoria de dos épocas históricas del todo distintas. Separa el período de las revoluciones sociales y sucesión de imperios durante las centurias que comprendemos en la era moderna y la que inicia otras revoluciones nuevas que agitarán a los pueblos con otros móviles y con otros impulsos pasionales.

Es en el momento histórico en que, como dice en otro pasaje, al convivir este ambiente espiritual de la crisis europea, en el que la vida individual y colectiva de las patrias en peligro, se electriza y concentra en tales términos para la salvación y gloria de los ideales, simbolizados por estos dos nombres mágicos, Patria y Nación, los neutrales experimentan a su vez la irradiación de lo que entre beligerantes fulgura con fascinaciones tan irresistibles.

Desde las grandes alturas del honor, del deber y del sacrificio patrio, según frase de Lloyd George, los nacionalismos se sienten reverberados ante nuevas perspectivas de un patriotismo más rico, más noble y más exaltado que el antiguo.

Descendamos del Tabor y volvamos a nuestra liquidación de principios. Dejemos la negación socialista perpetuada en la antinomia de suprimir o destruir un Estado de consumidores para crear otro Estado de cultivo o productor.

La antinomia socialista sindical del antiestatismo es probada apenas expuesta: negar el Estado para constituir un Estado.

Antiguamente, ha escrito un publicista francés, el militarismo era explotado por la realeza contra los burgueses; después que éstos han conquistado el Estado y escrito las leyes, han usado del mismo aparato contra el proletariado.

De esta manera se cree que el Estado y la ley se han hecho especialmente para ir contra el proletariado.

El antipatriotismo platónico, reducido a una mera abstracción teórica, no es el que se predica; la negación de la patria, como negación de la nacionalidad y como afirmación de la patria del mundo, no es la que se trasluce en su programa. Se niega el sentimiento patriótico para llegar a los corolarios precisos que destruyen el Estado y finalmente el poder militar, único dique a la realización de tales propósitos.

El antimilitarismo y la guerra

Nos lleva de la mano este enunciado al segundo factor de esta conferencia: el antimilitarismo y la guerra.

Socialismo sin patria, es socialismo sin guerra, y socialismo sin guerra, es el socialismo antimilitar. Pero es curioso, que la actual situación de

Europa, no nos muestra lo que debía ser, sino todo lo contrario: un socialismo militar, con patria, defendida por medio de la guerra: el instrumento capitalista dispuesto para el amparo y la protección de los medios del proletariado: la subversión de un orden económico, en virtud de la cual, la función de consumo del Ejército se hace productora.

¿Era ésta la forma como el patrimonio socialista no admitía la defensa de sus intereses? No: mas para los fines perseguidos, era su utilización tan práctica como necesaria.

Recuerdo haber leído en una nota a un tratado sobre la *Paz perpétua*, una anécdota, que a guisa de cuento, viene en este caso como anillo al dedo. Un príncipe búlgaro respondió a un emperador griego, que le proponía buenamente, dar fin a su lucha, no ya vertiendo la sangre de los súbditos, sino luchando personalmente los dos, que «*Un herrero que maneja las tenazas no se vale de la mano para sacar un hierro candente de las brasas*».

Algo de la conducta del magnate quiere sin duda ser seguida por el socialismo, que emplea el régimen militar, solamente, para librar de enemigos la frontera sin riesgo para la suya. De otra manera, el socialismo sacando con sus propias manos el fuego candente de las brasas, hubiera sido el socialismo de la paz, pidiéndola con las ar-

mas dispuestas en la mano, ó lo que es lo mismo, un socialismo militar.

Es incuestionable que el sindicalismo revolucionario está en su elemento en una guerra cualquiera y mucho más si la guerra es internacional.

La presencia de los socialistas de la paz, en cambio, nos evoca consideraciones tristes, porque si el anhelo de la paz es sentido sincera y profundamente, el conflicto de la conciencia entre el deber nacional y el de sus creencias, no se resuelve. Es un primer deber que le hubiera obligado a ser desertor antes que apóstata, y habría desertado, acaso, porque a veces el desertar, es huir para no hacer traición.

La responsabilidad de los elementos directores, en este desconcierto, es tremenda. Y no es solo de los que constituyen una nación, un Estado ni un pueblo, es de todos los que se inspiraron en un mentido afán pacifista sin previsión alguna, de los hombres que se reunieron en asambleas que artificialmente congregaba una conveniencia social mal entendida.

Una pasión no sujeta en sus justos límites por una paz que no podía imponerse, un amor fingido ante el ara de una fraternidad donde no se inmolaron sino burdos convencionalismos, un delirio insano por la destrucción de los elementos de orden moral y material, religión y Estado po-

lítico integrantes de la nación, eran las emociones que vibraban en el alma de los reunidos en asambleas de paz, la víspera de hacerse ostensible la fuerza del poder militar. Como por encanto, aquél día enmudeció el todo social y el primer paladín desde su casa de tejas de vidrio, se ha contentado con tirar piedras a la del vecino.

De como el capítulo de los cargos, corresponde al de sus contradicciones, nos imponen sus Congresos internacionales de Stuttgart y Copenhague (1910), especialmente el primero que tiene autoridad tridentina en la materia, y los nacionales de Toulouse (1908), Nuremberg (1908), San Quintín y Magdeburgo (1911), y otros que rati- ficaron los acuerdos de aquellos internacionales.

Nota desconsoladora imprimen, las palabras, los argumentos, las votaciones, porque parecen ironías del destino.

Allí, en Stuttgart, se coronó el éxito de la Internacional, dando un viva a la democracia social: allí, Vandervelde, en entusiasta y conmovedora arenga, plagió la soberbia española, diciendo también, a su modo, que no se ponía el sol en los países donde ondeaba la bandera socialista, porque a su sombra se unían todos los pueblos, blancos, amarillos, negros, alemanes y franceses, rusos y japoneses, europeos y africanos, porque el socialismo era la paz...

Una deuda de responsabilidad ineludible, asumió el Congreso, si contando ciertamente con el número casi fabuloso de sus adheridos, no puso el pedernal, que en el mantenimiento de sus principios, hiciera saltar la chispa de la conflagración, antes que consentir en romper las páginas del protocolo de la paz social.

En el vórtice de una bacanal de teorías fué arrastrada la más pura y más preciada de sus convicciones. Oid el texto de aquella Confederación socialista y aparte de los intereses de clase y de partido, sentid conmigo y alcanzaréis la visión de la sibila, que evoca más bien que adivina, el sentido económico de la historia del porvenir social.

»Las guerras entre Estados capitalistas son, por regla general, la consecuencia de la concurrencia que mutuamente se hacen en el mercado internacional, pues cada Estado aspira, no ya a conservar sus territorios, sino á conquistar otros nuevos, en lo que desempeña importante papel la sumisión de pueblos y tierras extraños. Además, estas guerras proceden del militarismo, que es el instrumento de la soberanía de la clase burguesa y de la esclavización económica y política de la clase obrera.

»Las guerras se favorecen merced á los prejuicios que en los pueblos cultos y en interés de la

clase dominante se fomentan contra otros pueblos, con el único objeto de apartar al proletariado de su misión y de impedir que cumpla con los deberes de la solidaridad internacional.

»Las guerras, pues, están en la esencia misma del capitalismo, y desaparecerán en cuanto desaparezca el actual orden de cosas económico o cuando los pueblos, horrorizados por los progresos de la técnica militar y por el sacrificio de hombres y dinero, las supriman.

»Por esto, la clase obrera, de donde principalmente proceden los soldados y que sobrelleva los sacrificios materiales, es enemiga natural de la guerra, que se halla en contradicción con sus principios.

»El Congreso considera, por lo tanto, que la clase trabajadora, y especialmente sus representantes parlamentarios, tienen el deber de combatir con todas sus fuerzas los aprestos militares y navales, negando los medios de hacerlos, y el de procurar que la juventud obrera se eduque en los principios de fraternidad internacional y de socialismo, y se halle imbuída del espíritu de clase.

»El Congreso ve en la organización democrática del ejército, de la guardia nacional, en vez del ejército actual, una garantía esencial de que las guerras agresivas serán imposibles y de que se

facilitará la supresión de las diferencias nacionales.

.....

»El Congreso es de parecer que, bajo la posesión del proletariado, el empleo de Tribunales de arbitraje conducirá al desarme universal, el cual permitirá emplear en el progreso de los pueblos las cantidades que hoy se destinan á aprestos bélicos.

»Cuando amenace una guerra, las clases obreras y sus representantes parlamentarios estarán obligados, apoyados por la Oficina socialista internacional, a impedir, por los medios que les parezcan más eficaces, la ruptura de las hostilidades.

»En caso de que llegase a estallar la guerra, deberán trabajar porque termine rápidamente, aprovechando la crisis política y económica determinada por el conflicto para promover el alzamiento del pueblo y acelerar la supresión del dominio de la clase capitalista.»

¡Cuantos empeños frustrados! ¡Cuantos incumplidos propósitos! Entonces, como en otras muchas ocasiones, el socialismo alemán, estuvo siempre frente al socialismo francés, por una ponderación inevitable de fuerzas y procedimientos, pero tenían siempre de común, la teoría de la

oposición a la guerra y al sindicalismo. Y... ¡Oh fatalidad de lo imprevisto!. ¡Oh sorpresa de la realidad!. De común se han unido en el militarismo para la guerra.

En el IV Congreso del Partido socialista francés, celebrado en Nancy en los días del 11 al 15 de Agosto de 1907, preparatorio del Internacional de Stuttgart, ya el proletariado, que se había pronunciado en igual sentido que la Federación del Sena en el Congreso de Limoges, con procuradores como Guesde, Vaillant, Hervé y Jaurés, se prevenía en el sentido de la abstención, recordando su deber a la clase obrera de todos los países y resolviendo: que un Gobierno, no puede amenazar la independencia de una nación extranjera sin atentar contra esa nación, contra su clase obrera y contra la clase obrera internacional; que la nación y la clase obrera amenazadas tienen el imperioso deber de defender su independencia y su autonomía contra ese atentado, y el derecho a contar con el concurso de la clase obrera de los demás países y que la política antimilitarista y únicamente defensiva del partido socialista le ordena perseguir el desarme militar de la burguesía y el armamento de la clase obrera merced al armamento general del pueblo.

Suiza antimilitarista, se manifiesta en el Congreso extraordinario nacional reunido en Zug, en

Septiembre de 1908, con objeto de discutir la actitud del partido en lo relativo á la nueva ley del servicio militar.

La Oficina socialista internacional en su Conferencia de Octubre de 1908, celebrada en Bruselas, afirmó, acordando la propuesta de Vaillant, nuevamente, que el partido socialista era la única fuerza eficaz para la paz internacional.

Y llegamos, finalmente, después de hecha esta revisión en que tan preteridos como maltrechos hallamos los más avanzados ideales, al término de las rectificaciones.

¿El partido socialista estaba incapacitado para actuar en el sentido de imponer la paz a costa del prestigio de cualquiera de los Estados, si preciso fuere? El proletariado organizado, como estaba, ¿contaba con medios y disponía de ellos, para evitar la lucha, lo mismo partiendo la iniciativa de Alemania, que de Francia, de Inglaterra que de Bélgica? Siendo la lucha inevitable, siendo la conjunción socialista antimilitar, rechazando la guerra, predicando el evangelio de una patria tanto más elevada cuanto más futura, ¿venía el proletariado, organizado y educado en las ideas de paz, de libertad y de progreso, venía obligado a prestar su concurso, a coadyuvar al éxito de la guerra de una nación o Estado capitalista?.

Parece que una negación se impone, clamorosa

y unánime, si no queremos precipitarnos en un abismo de contradicciones. El socialismo internacional, no venía obligado á claudicar de sus ideales: el socialismo internacional no ha respondido, pues, a sus tradiciones: desde ayer el socialismo es una tendencia histórica más: su aspiración en alas de una modestia contradictoria descendió en vuelo plano, desde las alturas del humanitarismo a los bajos del nacionalismo.

Y, ¿por qué? El 1º. de Mayo os lo dijo en Berlín, en un lenguaje sin palabras. Porque el proletariado está celebrando su fiesta roja en la frontera.

El partido socialista capaz para evitar la guerra, apto para imponer la paz, estaba documentado para justificarse, no ya ante la conciencia del mundo, sino ante la bondad Suprema, negando toda posibilidad a la destrucción del hombre por el hombre.

La huelga general revolucionaria, fué más de una vez el medio que se juzgó adecuado para perseguir y lograr el éxito del pacifismo. Keir Hardie y Vaillant quisieron implantarla en el Congreso Internacional de Copenhague, anteriormente citado, en el VIII Congreso socialista francés de 1911 y en la Conferencia anual del Partido británico del Trabajo celebrada en Leicester en el mismo año, para combatir las ideas bélicas, mas, una

mayoría disciplinada fué opuesta siempre a esos deseos.

La idea de la huelga, como resorte para contener la guerra había germinado en el cerebro de los primeros pensadores socialistas, y tomaba cuerpo en el de los elementos de acción en 1913 y en 1914, presintiendo la hecatombe del siglo.

El Congreso socialista alemán de Septiembre de aquel año, celebrado en Jena, fué palenque de esta tendencia, que, en tesis general, era manifestada y guiada del propósito de eludir ó librar de la responsabilidad a los jefes, dejando en libertad de acción a las masas, para, en determinado momento, haber opuesto esa tremenda resistencia pasiva. Fué desechada entonces, como otras veces, una proposición de la gran batalladora Rosa Luxembourg, pidiendo que la huelga general, no pudiera hacerse por orden de los jefes, y que éstos, a su vez, no pudieran impedirla cuando fuere necesario.

Últimamente, en una tardía medida de previsión, cuando casi sonaba el galope de la descubierta enemiga, y comenzaba sigilosamente el trabajo de zapa de la ingeniería a abrir las arterias de las trincheras, el IX Congreso del Partido socialista francés, viendo que vacilaba el fuerte de la posición conservada durante muchos años por la convicción de una multitud creyente, cruzó la

bandera de la Internacional, dejándola dividida en dos cuarteles.

Ved lo que acordó en 25 de Enero de 1914 en Amiens, este último Congreso.

«El Partido socialista sabe que es el único que defiende la garantía de independencia francesa y de la paz internacional, mediante la organización de la nación armada. Respondiendo al llamamiento de la Internacional de Basilea y al esfuerzo iniciado en Berna, quiere llegar hasta la raíz misma de los antagonismos europeos, contribuyendo por su parte a la obra común de los proletarios de todos los países, y trabajando por la aproximación franco-alemana, que permitirá el acuerdo definitivo de Francia, de Inglaterra y de Alemania para la paz del mundo».

Después de esta manifestación, que bien puede ser calificada de nueva estrategia social, ya cabe rectificar, porque ya es hora, como última rectificación, la frase de Paul Louis en su obra *El porvenir del Socialismo*, cuando, dijo, evocando el fantasma, de la lucha social: «El trabajador que vista el uniforme, fusilará al trabajador vestido de blusa, ó será fusilado», porque no se le ocurrió pensar que el trabajador de uniforme, en la lucha internacional, habría de disparar contra el uniforme del otro trabajador.

¿Qué más se ha de decir de estas viceversas

européas?. A la era de las contradicciones económicas ha sucedido la era de las contradicciones sociales.

No nos sorprendamos, pues, de ver, como informa Vandervelde, que los socialistas más revolucionarios como Proutmera y Demán, den el ejemplo a sus parciales inscribiéndose en los batallones rápidamente organizados.

Volvamos a donde nuestro deber nos llama.

Todavía no es tarde para la eficacia de nuestra acción. No están cerrados los oídos a la razón, ni está vuelta la espalda a la esperanza. No digamos con Schiller que «el hombre degenera en la paz», no pensemos que «la guerra fortalece», no creamos que «la perezosa calma, es la tumba del valor».

Pensemos los hombres que entramos en el segundo cuadrante de la gran circunferencia de la vida, que estamos preparándonos en la guerra para la paz futura, que esta ha de llegar pronto, que ha de ser eficaz y duradera. Todavía no es tarde. Aún estamos comenzando el libro de cien hojas de este siglo.

Si esperamos con las gentes que pensaron imponer la paz duradera al compás de una revolución en el devenir social, nuestra acción será inútil para la paz, porque nuestra paz será ya la paz tranquila de los sepulcros y la antorcha de nues-

tra libertad, la antorcha de nuestra Justicia, la antorcha de nuestro Progreso, en nuestras manos, será un cortejo fúnebre de antorchas.

Nosotros, los que necesitamos creer, preparémonos en el estudio de la guerra para la paz. ¿Cómo?... Cerrando primero el libro de las conveniencias sociales, y borrando del tejuelo las frases antinómicas que escribieron la generaciones de otros siglos: Antimilitarismo con lucha social, Pueblo y Nación sin patriotismo... y escribiendo estas otras: la nación civil y militarmente organizada, y el pueblo unido harán la paz solidaria y la patria fuerte.
